

Manuel Rojas.

LANCHAS EN LA BAHIA

III

GUACHIMAN de la W!...

Había dejado de remar y abocinando las manos lanzaba a través de ellas el grito de llamada. El grito surgía recto y de un solo tono, pero el viento cogíalo y lo dividía en muchos gritos, que tomaban distintas trayectorias y que vibraban sobre el mar con diferentes tonos, hasta caer al agua como pájaros que hubieran volado mucho tiempo.

—Grita no más...—murmuró Rucio del Norte.

—Me parece que tendremos que dormir a bordo—exclamó Alejandro, de pie en la proa.

Puse de nuevo la caña junto al pecho, me incliné al levantar la pala y avanzando un paso la hundí en el agua. Me erguí, dejándome luego caer hacia atrás, mientras la pala, impulsada por el peso del cuerpo, partía en surco fugitivo la superficie azul acero del mar. La lancha se movía lentamente, como de mala gana, balanceándose un poco. Cuando la caña me tocó el pecho, me enderecé y repetí el movimiento. Era un movimiento sencillo y mecánico, que exigía más habilidad que fuerza, pero en cuya realización fijaba yo toda mi energía, palpándome de rato en rato los músculos de los brazos, esperando encontrar-

los como los de Rucio del Norte, trenzados como gruesos cabos, o como los de Alejandro, largos y elásticos.

Volví a gritar.

—Me parece que gritas para descansar del remo—comentó irónicamente Rucio, volviendo su cabezota roja.

Rió Alejandro y contesté, picado:

—Si te parece mal, no volveré a gritar...

Rucio lanzó una carcajada. Una gaviota, detenida en la copa de una boya, alzó el vuelo.

—¡Je, je, je!—remedaron en una lancha.

—¿De qué te ríes, alcatraz?—rezongó el lanchero.

—Me río de la risa—respondió el hombre.

En la oscuridad sólo se veía una camiseta. La cara y el resto del cuerpo desaparecían en la sombra.

—¿Y por qué no te vas a reír de tu abuela?

—Porque no tengo, roto atrevido...

Inclinóse el hombre y algo pasó zumbando sobre la lancha, cayendo al agua. Rucio buscó a su alrededor un proyectil, pero no había allí sino barricas de carburo, pesadísimas.

—No te tiro una barrica de carburo... por no matarte.

—¿Para dónde van?—preguntó el hombre, ya en tono amistoso.

—Al fondeadero. Si ves al guachimán de la W, échalo para allá... ¿Andas trabajando en el carbón?

—En el carbón.

—Dale recuerdos a las sábanas, entonces.

Reímos y volví a remar: adelante, atrás, adelante, atrás, una, dos, tres...

—¡Para de singlar! ¡Stop!—gritó Alejandro, alzando un brazo.

Me detuve. Estaba bañado en sudor y cansado, pero me sentía alegre, animoso. Varios días llevaba ya sobre esa lancha, días de sol, de viento, trabajando desde el alba, con los pies desnudos, en camiseta, en-

dureciéndome, tostándome. Sin embargo, cuando me invitaron a trabajar como lanchero tuve miedo, pareciéndome que aquel trabajo era superior a mis fuerzas, propio solamente para hombres como aquellos que veía desde la orilla: resueltos, hábiles, fuertes.

—No es ninguna cosa del otro mundo—me dijo Alejandro—y sólo es cuestión de costumbre y de voluntad. No hay ningún trabajo que pueda acobardar a un hombre.

Nos conocimos en el malecón. Aquel día, viendo entrar un vapor a la bahía y llevado de mi curiosidad por las cosas del mar, pregunté a un hombre que estaba cerca de mí:

—¿Qué vapor será ese?

El hombre respondió sin vacilar:

—Es el *Fresia*, hermano de aquel que está allá: el *Flora*.

Y requerido por mis preguntas, fué nombrando vapor por vapor, velero por velero: allí estaban los vapores de la Compañía Kosmos, de color rojo y negro, silenciosos, inmóviles, detenidos por la guerra; los barcos de la Sudamericana, negros los cascos, blancas las cubiertas y con chimeneas coloradas; vapores que hacían la carrera a Panamá, a Ecuador, a Nueva York, y que volvían cargados de plátanos, de azúcar, piñas y naranjas; los pequeños vapores carboneros, con chimeneas amarillas, de los cuales los trabajadores salían como de una caverna, negros y sucios como el vientre mismo del barquichuelo; los barcos de los canales del sur, anchos de quilla, con una estrella ocre en la chimenea; las goletas que van a Papudo y a Juan Fernández, tripuladas por chilenos, con capitanes españoles y buzos griegos; un paquete de la P. S. N. C. alzaba en el centro de la bahía su gran chimenea negra y su perfil extranjero. Esa lancha pertenecía a tal compañía, aquella a tal otra. Alejandro sabía hasta los nombres de los botes:

—El *Saca-Pica*, el *Sin Pepa*, el *Coquimbano*...

Mientras hablaba, lo examiné: era alto, esbelto, de piel rosada, lampiño, con ojos claros, dientes blanquísimos; vestía de azul. Sus ademanes y su voz denunciaban a un hombre del pueblo. Su traje aparecía sin una mancha y era duro y tieso, como si su dueño no se lo pusiera sino cada cierto tiempo, no sintiéndose a sus anchas dentro de él.

—¿Usted trabaja en el puerto?

—Sí—respondió—; soy capataz de la Casa W. y Cía.; uno de los capataces de mar.

—¡Guachimán de la W!—recordé.

—¿Es acaso guachimán usted?

Rió bondadosamente:

—No. Los guachimanes son hombres viejos, retirados del trabajo fuerte.

Seguimos conversando. Cuando supo que me encontraba sin trabajo, me ofreció trabajar con él.

—Pero, ¿me admitirán?—pregunté, casi ruborizado de alegría.

—¿Por qué no? El capataz de cuadrilla tiene derecho a elegir su gente.

—Es que...—dije, titubeando,—yo he sido guardia nocturno de la Casa B. y Cía.

—¿Y eso qué me importa a mí y qué le importa a nadie? Usted es un hombre sin trabajo y nada más; hay que ayudarlo. Pero, eso sí: si quiere trabajar conmigo tendrá que hacerse socio del Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo, al cual yo pertenezco y sin cuyo permiso no puedo darle un lugar en la cuadrilla.

—Yo no tendría inconveniente; pero, hay otra cosa: yo no sé si serviré para ese trabajo.

—¡Bah! ¿Y por qué no?

Y al día siguiente, ante el asombro de Miguel, acompañado de Alejandro, embarqué en el remolcador de la W. y Cía. Era un obrero más del mar. A

bordo el capataz me presentó al otro camarada de trabajo, quien, plantado sobre sus pies como un elefante sobre sus patas, no me hizo saludo alguno, limitándose a mirarme de arriba a abajo.

—Este compañerito va a trabajar con nosotros.

—Muy bien.

Era Rucio del Norte. Ya a bordo de la lancha, yo, sin saber qué hacer, miraba azorado hacia un lado y otro, sin decidirme a sentarme ni a estar de pie. Entretanto, mis camaradas desamarraron, Rucio se puso el remo y momentos después atracamos al costado de un gran vapor oscuro. Desde cubierta arrojaron un cabo para amarrar y allí nos quedamos, mirando hacia arriba, a la espera, hasta que un hombre se asomó a la borda del barco y gritó algo.

—¡Listos!—contestaron los lancheros.

—¡Guarda abajo!

Se oyó un golpe sordo que estremeció la pared del barco y una gran red llena de barricas saltó del barco hacia el vacío. Sentí que algo se me helaba en la espalda y busqué a mi alrededor un lugar donde parapetarme o esconderme. Me pareció que aquella carga llenaría toda la lancha y nos aplastaría como lagartijas al hundir la embarcación. Pero la carga no cayó, sino que descendió despacio, a pequeños saltos y tirones, deteniéndose a la altura de un metro sobre la lancha.

—¡Arrea despacio! ¡Para!

El hombre dirigía la maniobra desde la cubierta del barco. Alejandro y Rucio se tomaron de las cuerdas e intentaron balancear la carga, pero ésta era pesada y apenas se movió. Yo, lleno de confusión, les miraba hacer. Pero la voz de Rucio me estremeció:

—¡Atrinca, pues, ñatito!

Comprendí que me llamaba y en el llamado conteníase tan profundo y tierno sentimiento de compañerismo, que abandonando mi temor y sin pensar ya

más que en ayudar a mis camaradas, me lancé lleno de bravura hacia la red, como un insecto contra una roca, colgándome de ella, forcejeando, con deseos de herirla y abatirla. Osciló la carga:

—¡Arrèa!—gritaron los lancheros cuando la red, en su balanceo, llegó al centro de la lancha. Cayó la carga, desengancharon la red e izaron el pesado gancho. Alejandro y Rucio, escupiéndose las manos, empezaron a estibar las barricas. Comprendí que tenía que hacer lo mismo que ellos y escupiéndome también las manos, aunque sin saber para qué, cogí la barrica e intenté levantarla; pero la barrica no se alzó un centímetro del suelo. Repetí el esfuerzo, abriendo bien las piernas, y la izé un poco, pero como no supe que hacer con ella y como las fuerzas no me alcanzaran para más, la dejé caer. Me escupí de nuevo las manos, rabioso, próximo a emprenderlas a puntapiés con todas las barricas que había en la lancha, y la tomé otra vez. Pero una carcajada me detuvo. Rucio se acercó y me dijo:

—No, compañerito, así no. Lo primero que tiene que hacer es sacarse el paletó, el cuello y la corbata. Así tendrá más fuerza. En seguida, aquí no se trata de matarse. Estas barricas pesan ciento cinco kilos cada una y si usted quiere agarrarlas y pararlas, dentro de una hora tendrá que acostarse a descansar. Aquí se necesita más maña que fuerza, sobre todo cuando se tiene poca fuerza. Míreme a mí.

Tomó una barrica, puso una mano en cada extremo y haciendo presión con el cuerpo hacia la derecha, mientras que con la mano izquierda tiraba hacia sí, la hizo girar, y en seguida, aprovechando el mismo movimiento oscilatorio de la barrica, la empujó, haciéndola rodar sin esfuerzo alguno.

—¿No ve?—me dijo.—Ni me agito. Hágalo usted. Mirándonos, Alejandro reía. Me saqué el paletó,

el cuello y la corbata y repetí sin equivocarme los movimientos que acababan de enseñarme.

—¡Bravo, bravo!—gritó Rucio del Norte, dejándome caer sobre el hombro una mano que parecía un cabrestante.—Este lancharo va a dar que hablar cuando se muera...

Esto me dió insospechados bríos. Dos horas más tarde dirigía la maniobra de la lancha, gritando las órdenes. Pero cerca de mediodía, cuando mayor era mi entusiasmo y diligencia, Rucio me llamó a proa y después de darme unos golpecitos en el pecho, como en señal de amistad y confianza, me dijo:

—Mi hijito lindo: lo primero que debe aprender un lancharo, es cocinar. Haga fuego en este caldero. Ahí hay leña y carbón y aquí tiene fósforos. En esa damajuana hay agua y en este saco están las provisiones. Aquí tiene la olla...

Y riendo a carcajadas me alargó un tarro aceitero, vacío y abierto... Quedé incorporado así al gremio de los hombres de mar, socio activo del Sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, y entre Rucio del Norte, macizo y ancho como un trinquete, y Alejandro, vigoroso y esbelto como mesana, yo, con mis hombros estrechos y mis brazos delgados, era sólo como el palo macho de una goleta recién lanzada al mar...

—¡Guachimán de la W!

Parado en la cubierta de proa, con la mano haciendo pantalla a la boca, como impiendo que el grito tomara una dirección que él no quería, Rucio del Norte gritaba.

—¡Chis! ¿De dónde sacaste esa vocecita?—pregunté, riendo,

—Esta es voz de hombre, compañero—respondió Rucio dándose un puñetazo en el pecho—y no voz de cabro, como la suya.

—¡Te apuesto quién grita más fuerte!

—¡Echale, si sos diablo!

Volvió a abrir su enorme boca y un grito corrió sobre el mar como una pelota de cobre sobre un tejado de zinc. Tras él, poniendo en ello todo mi aliento y fuerza, lancé mi grito; pero al terminar exploté en una carcajada: junto a la voz de Rucio del Norte la mía sonaba como la de un niño junto a la de su papá.

—¿Por qué gritas tanto, animal?—preguntó cerca una voz cascada, lacrimosa.

Rucio rió:

—Oye, Eugenio, este sacó más voz que nadie... ¡Apurate, viejo de los diablos! ¡Guachimán de la porra!

—Miren qué ñiñazo, tan apurado... ¿Qué te están esperando tus queridas?

—¿Y por qué no? Hombre joven y nada mal parecido—repuso Rucio, contoneándose en la borda.

Extendimos una tela embreada sobre la carga y luego de calzarnos y recoger la ropa, bajamos a la diminuta embarcación del guachimán, hombrecillo enteco, viejo lobo de las caletas chilenas. Rucio se puso al remo y en pocos momentos llegamos al muelle. Nos encaminamos a un figón y allí comimos rápidamente, alcanzados ya por el sueño y el cansancio, silenciosos. Rucio se fué y Alejandro y yo, que vivíamos juntos, continuamos nuestro camino.

—Si no tiene donde dormir, véngase conmigo—me había dicho el capataz.—Tengo una cama ancha, de dos plazas, casi más grande que la pieza. La compré una vez que se me ocurrió tener mujer y me ha durado más que la mujer... Gastos inútiles que uno hace.

Vivía Alejandro en una pequeña pieza que arrendaba en lo alto de un cerro y desde el cual se veía toda la ciudad y el mar. En la noche, mientras el lanchero, medio dormido, intentaba leer unos libros que tenía en un estante de colihue, yo me asomaba a la

ventana y miraba desde allí la ciudad; las anchas avenidas que van hacia las Delicias, las calles del centro, estrechas, amontonadas, que se dividen de pronto en dos, partidas por las proas de los edificios; la gran mancha oscura de las callejuelas que nacen en la Plaza Echaurren, el laberinto de los callejones en los cerros, moteados de luces que amarilleaban como dedos de oro invertidos creciendo en la tierra negra de la noche. Luego, el mar, las luces de los barcos, el relumbrón del faro de Playa Ancha...

—Esta noche tengo mucho sueño—murmuró Alejandro.

Acababa de prender la lámpara y de pie en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos, cerraba los ojos, gozando al sentir en los párpados el peso del sueño.

—Yo también estoy que no veo...

—Acostémonos; mañana tenemos que madrugar. Antes de las doce hay que dejar la lancha desocupada.

Nos acostamos en silencio, con movimientos suaves, como si temiéramos ahuyentar el sueño.

—¿Apago?

—Apague.

—Hasta mañana, compañerito.

—Hasta mañana.

Dormíamos la noche de un tirón y al alba estábamos ya en pie, haciendo el desayuno. Llegábamos al muelle antes de la salida del sol.

Aquel día un remolcador condujo la lancha hasta el malecón y allí la amarramos con gruesos cabos a los mojones de hierro; giró la grúa y un hombre vestido de azul se asomó a la orilla:

—¿Listos, niños?

—¡Siempre listos, ñato!

Descendió el gancho y colgamos la primera carga, luego la segunda y la tercera. Trabajábamos sin hablar; sin perder un segundo, mudos, quejándonos a

veces por el esfuerzo violento, pero quejándonos con rabia, empujando las barricas, haciéndolas girar, rodar, peleando con ellas, insultándolas, mientras que por el rostro y el cuerpo nos corrían regatos de sudor, empapándonos la camiseta, cegándonos, mojándonos la boca con un líquido salobre que recogíamos con la reseca lengua, inconscientemente. Al terminar de cargar la red, nos retirábamos del centro de la lancha y afirmados en la borda, con los brazos abiertos, respirábamos a todo pulmón, echados los rostros hacia atrás y mirando el cielo, donde el sol era la boca de un horno que arrojaba llamas.

—Esto es buenazo para botar la calentura—exclamó Rucio del Norte, respirando ruidosamente.

No le contesté, lo miraba: Rucio, vestido de sacos harineros, descalzo, afirmada la espalda en la borda, echaba hacia adelante su enorme pecho, cuyo movimiento respiratorio recordaba el movimiento ondulante de las olas sin reventar. El cogote rojo, ancho, corto, dentro del cual la sangre corría como el cobre líquido por los moldes de las fundiciones, sostenía sin cansancio la cabezota poblada de grueso cabello rojizo, dura y firme como los mojones a que estaba amarrada la lancha. La cara, por el reflejo del pelo, parecía blanca desde lejos, pero de cerca se la veía cobriza, con un barniz grasoso en la piel. Los pelos de la barba eran tiesos como cerdas, y la boca grande, deforme, con labios hinchados y bestiales, y dientes blancos, pero cuadrados, agresivos. Toda la cara semejaba un mazo de recia madera blanca, y la nariz, aplastada, ancha, era como un nudo en medio del mazo. Y todo lleno de músculos, extendiéndose a través de su cuerpo como raíces de un árbol. No había en él de suave, de tierno, sino los ojos, pequeños y azules, húmedos, como de mujer miope.

A mediodía la grúa se llevó la última carga. Desamarramos y afirmando el remo en el murallón desa-

traqué la lancha. Iba ya a remar cuando apareció el remolcador. Solté entonces los remos y me tendí de espalda en la popa, poniéndome una mano frente a la cara para defender los ojos de la luz vivísima del sol; me quedé inmóvil, sintiendo cómo la lancha corría dócilmente a la siga del remolcador. Alejandro iba de pie en la proa, y Rucio, sentado en la borda, con el rostro lleno de innumerables gotitas de sudor, golpeaba con los desnudos talones sobre las costillas ásperas de la lancha.

—Por hoy, no tenemos nada qué hacer—dijo Alejandro, una vez en el muelle.—Después de almuerzo voy a ir a la Casa, a ver qué nos dan para mañana.

—Me parece que nos mandarán al carbón. Hoy llega el *Don Carlos* de Lota—repuso Rucio.

Bostezó y después de darse una palmadita en la barriga, exclamó:

—Creo que tengo hambre. ¿Vamos a almorzar?

Rucio del Norte no comía: devoraba. La cuchara iba y venía del plato a la boca y de la boca al plato, sin interrupción, mecánicamente, como cangilón de noria. Cuando concluía de tomar el caldo, dejaba la cuchara y cogiendo con los dedos el trozo de carne de la cazuela, lo engullía casi entero. Si tenía algún hueso, lo arrojaba bajo la mesa.

—Para que los mozos no ganen el sueldo sin hacer nada...

Cortaba luego las papas por la mitad y tomándolas con la punta del cuchillo las introducía, como por una escotilla, en la boca de cuadrados dientes. Tomaba un trago de vino, se secaba los labios con los dedos y sosteniéndose con las manos al borde de la mesa, se echaba hacia atrás. Yo reía. Aquel hombre era una caldera.

—Listo—decía.

Cada vez que terminaba un plato, se golpeaba la barriga, como auscultando el estado de su estómago:

—Todavía me queda un huequecito...

Quedaba al fin satisfecho, sacudido por convulsiones que lo hacían saltar sobre el asiento, eructando ruidosamente.

—No como más, no como más, aunque me rueguen —mugía.

Después de almuerzo nos sentamos en la orilla del malecón. Una bandada de gaviotas graznaba al volar tras los desperdicios que flotaban en el agua. Un enganche de obreros partía para el norte. Estaban los hombres sentados en el suelo o en sus equipajes y se les veía serios, tristes; había también oscuras mujeres, flacas, sucias, desgredadas, tristes también, y niños raquícos, mugrientos, que se apretujaban contra sus padres mirando al mar con ojos de angustia. Varios se embarcaban ya en una lancha, subiendo hasta ella por un tablón afirmado por un extremo en la popa de la embarcación y por el otro en la playa. Algunos equipajes cayeron al agua; los sacaron chorreando. Un hombre cayó también al agua y salió caminando hacia la playa, mojado hasta la cintura, convertido en un estropajo. Más que hombres eran animales. Los embarcadores, indiferentes, dirigían la maniobra desde la orilla.

Rucio del Norte dijo de pronto, apretando los puños:

—Me dan ganas de saltar a la playa, pescar a uno de los embarcadores por el cogote e ir a dejarlo al medio del mar. ¿Ha visto qué manera de embarcar a la gente? Peor que chanchos... Parece que la culpa la tuvieran los trabajadores, que se dejan llevar así, pero no es cierto, porque si se niegan a embarcarse en esa forma, los dejan varados en la playa, y ¿qué hacen?, casi todos son del sur y antes de morir de hambre prefieren cualquier cosa. Y en el norte es peor... Y en el vapor; amontonados como bultos, durmiendo en la cubierta, mal comidos, se enferman

los niños... ¡Por la madre! Vámonos de aquí porque me están dando ganas de matar a alguien...

Rechinó los dientes:

—¡Animales! A mí me iban a llevar así... De un puñete les volaba la cabeza.

Estaba indignado y mientras andaba siguió rezongando, murmurando; escupía con rabia a un lado y otro, soltaba puntapiés a los perros que encontraba y daba puñetazos en las paredes y los postes. Yo, cohibido por la rabia repentina de aquel hombre no me atrevía a decirle nada para calmarle. De pronto se detuvo:

—Yo me voy por aquí. Hasta mañana.

—No te vayas, Rucio; acompáñame al Sindicato.

—¿Al Sindicato? ¿A qué? ¿A oír hablar leseras? Compañero, aquí, compañero allá, y de ahí no salen. Mejor me voy a dormir.

Y se alejó, balanceando su enorme cuerpo.

—Este Rucio es un animal. Para él no hay nada más que la violencia, la violencia en todo. Trabaja, come y bebe como un bruto. Es socio del Sindicato, pero no aparece por allá sino cuando hay alguna huelga: quiere matar a este, estrangular a este otro, y lo que pasa es que ligerito lo llevan preso. Se agarra a bofetadas con el primero que lo mira mal, y ya está: a la comisaría... Sin embargo, es buen hombre, excelente camarada... ¡Pero tan animal!

—¿Y de dónde es?

—De Iquique; es hijo de un marinero inglés y de una chilena.

—¿Y se llama así: Rucio del Norte?

—No; se llama John Mulholland. Pero no se le ocurra nunca llamarlo por su nombre; es capaz de tirarlo al mar. Tiene odio a su padre, que se llamaba como él y que lo dejó abandonado cuando era muy chiquillo.

—¿Y la madre?

—Murió de hambre y de pena. Yo la conocí y conocí al padre; también soy de Iquique. Ella era muy bonita, delgada, morena. El era rubio, macizo. En Iquique le llamaban *El Bichicuma*. Borracho, brutal, pependenciero, no había hombre que le resistiese más de una bofetada... Desertó de un buque de guerra inglés, enamorado de la madre de Rucio, que en ese tiempo era prostituta, y se casó con ella. Pero un día se embarcó y no lo vieron más. La madre murió cuando Rucio tenía ocho años. Se crió en la calle, durmiendo en cualquier parte, robando, mendigando...

IV

El día sábado Rucio del Norte me hizo una proposición. Al principio no comprendí. Nadie me la había hecho hasta entonces.

—¿Dónde quieres ir?

Y el lanchero, dándome un golpe en las costillas y sonriéndome de lado, dijo:

—Donde hayan niñas, pues, señor... ¿Que no te gustan las niñas?

—Pero, ¿qué niñas?

—Niñas, pues, ñato, niñas... Para divertirse un rato.

—Bueno, vamos—acepté. La idea de divertirme no me asustaba, aunque no sabía bien en qué consistiría aquella diversión. Nos encontramos en el muelle al anochecer. Habíamos terminado a media tarde la descarga del carbón y luego de bajar a tierra y cobrar la semana de trabajo, nos separamos. Y al verme aparecer de nuevo en el muelle, Rucio me dijo:

—Buena cosa, Eugenio, que estamos buenos mozos...

El también aparecía limpio, afeitado, pulcro; un traje marrón, con muchas arrugas, cubríalo a duras penas, como un retobo pequeño a un bulto demasiado

grande; le quedaba corto, y los botones y las costuras amenazaban estallar cuando se movía o accionaba. Calzaba zapatones de color; la camisa, de franela color gris, con cuello pegado y cordoncillos que colgaban a manera de corbata, se veía abierta en el cuello, mostrando la piel del pecho, roja y áspera.

—¿No tienes botón ahí?

—No me duran nada. En cuanto me agacho o bostezo, saltan.

—Póntelos.

—Para que se vuelvan a saltar... No vale la pena. ¿Vamos a comer?

No comimos en el figón de costumbre:

—Si vamos tan elegantes, son capaces de robarnos el sombrero.

Tenía un sombrero claro, con cinta negra, que le quedaba sobre la cabeza como una callampa sobre una roca; no lo lucía sino los días de fiesta y los sábados en la tarde y lo llevaba casi siempre en las manos, poniéndoselo cuando necesitaba accionar y quitándoselo al terminar el discurso.

Comimos reposadamente, conversando sobre el trabajo, sobre los vapores, sobre la bahía. Rucio del Norte se bebió una botella de vino. Aquella noche no comía como siempre, sino que despacio, correctamente, como un caballero, tal vez temiendo ensuciar su traje marrón o su sombrero claro, que había puesto cuidadosamente sobre una silla y junto a él. Después de comida echamos a andar por las calles del puerto, esas estrechas calles que nacen y mueren en el mismo sitio, detenidas por los cerros y por el mar; se veían transitadas por gente vacilante, que tan pronto era absorbida por las cantinas como expulsadas de ellas, abriéndose las puertas de súbito, como a puntapiés, y dejando salir, junto con ellos, un vaho caliente y pastoso, como de pesebreña, notas de piano que parecían sonar bajo el agua y gritos, risotadas e impre-

caciones, que zumbaban y rebotaban en las paredes de los edificios.

Caminábamos desganadamente, como sin rumbo; nos detuvimos en una de las bocacalles de la Plaza Echaurren, que con su iluminación pobre y sus árboles de oscuro follaje parecía un pozo de sombra, dividido por la amarillenta faja de luz de la calle. Algunos hombres y dos o tres mujeres vagaban entre los árboles. El paisaje me sobresaltó un poco. Miré a mi compañero y lo ví tranquilo, como indiferente, muy distinto a mí, que empezaba a sentirme desasosegado. Varias veces estuve a punto de despedirme de él y marcharme a dormir, pero este deseo no fué lo bastante fuerte; había algo más fuerte; mi curiosidad y mi temor de aparecer ridículo o infantil. Por lo demás, siempre me quedaría libertad para marcharme cuando quisiera.

Mi amigo, dándome un suave golpe con el codo sobre el brazo, me invitó a seguir, y seguimos. Atravesamos la calle, penetrando en la oscuridad de la plazuela. Desde lejos, aparte de aquellas personas que se deslizaban entre los árboles, yo había supuesto que la sombra que llenaba la plazuela y que subía hacia los cerros, se encontraba desierta, pero a medida que avanzábamos aparecieron seres que se movían en ella como peces en agua fangosa, grupos que hablaban a media voz, mujeres que pasaban y volvían a pasar taconeando nerviosamente, como si quisieran llamar la atención de alguien. Un poco más adentro de la oscuridad brotó una canción, una canción a muchas voces, altas y bajas, que ondulaban en las orillas de la noche:

Mañana me voy *pal* puerto
a bailar cueca porteña...

Unos hombres pasaron cerca de nosotros; sus vo-

ce discordantes se esforzaban en levantar y sostener en el aire la canción que amenazaba caer como un globo sin gas; la animaban con gritos, con palmadas, con agudos chillidos de jaleo. Al llegar a la calle la canción cesó, desvaneciéndose en la luz. Una mujer se desprendió de la noche y pasó junto a mí, rozándome. En la sombra sólo vi su silueta y el fulgor de los ojos que parecían llenarle toda la cara, agrandados por la pintura. Un olor a polvos y a colonia la seguía.

—Empieza a picar el bagre...

La frase, aunque graciosa, me fué indiferente. Marchaba como a tientas por aquel camino que no conociera ni sospechara. Miraba hacia todas partes, hacia adelante, hacia atrás, hacia el suelo, hacia las casas, oscuras, cerradas, con aleros que les daban aspecto de hombres cubiertos de gorras con viseras, que observaran la vida que bullía allí. Creía que de algún lado surgiría algo imprevisto, sobrecogiéndome, asustándome; pero nada sucedía. Mas de pronto apareció una calle que serpenteaba perezosa sobre el cerro y en la que de trecho en trecho veíanse luces rojas, blancas, azules, verdes, que colgaban de lo alto de las puertas y que al brillar en la noche con apagados fulgores daban la impresión de que la calle estaba iluminada a través de un grueso vidrio pintado de rojo, de blanco, de azul, de verde.

—¿Qué calle es ésta, Rucio?

—La Subida Claver.

Era la feria de la prostitución porteña, pero la feria pobre, habitada por mujeres vestidas con telas que se ajan tan rápidamente como ellas y tan baratas como ellas también; la feria frecuentada por los proletarios de mar y tierra, los lentos panaderos, los bulliciosos vaporinos, los vivaces zapateros, los tiznados trabajadores del dique y de las chatas; por los marineros de la armada, con sus trajes azules con

pantalón de campana; por los hombres de mar extranjeros, japoneses silenciosos, ingleses melancólicos, yanquis con caras de puño, polisilábicos alemanes, restallantes españoles. Allí estaban también las mujeres, vestidas de mil colores, sentadas en los umbrales de las casas, mostrándose en la penumbra como flores violentas, de aroma fuerte, flores crecidas en las mareas nocturnas del puerto y regadas con la sangre de todos los tripulantes del océano. Las había morenas y rubias, blancas y pálidas, esbeltas como manzanillones, gordezuelas y graciosas como cacharros, monstruosas como sapos, riendo, conversando las más y serias y graves como mercaderes concienzudos las menos. La calle bullía de hombres y mujeres y se oían gritos, silbidos, frases en *slang*, imprecaciones en chileno, largos ladridos germanos, murmullos japoneses, masticaciones yanquis.

Cuando Rucio del Norte empezó a ascender la calle, estuve a punto de cogirme de uno de los brazos de mi amigo. Me pareció que entraba a un mar revuelto, donde, marinero incipiente, iba a flotar como una chalupa dejada al garete; pero la vergüenza detuvo aquel movimiento y avancé, y mientras avanzaba mi cabeza llenóse de silbidos y vértigos de mareo; sentía las piernas débiles y un escalofrío se detuvo sobre mi cuerpo como una lagartija roja y verde, vibrátil. Anduve torpemente, como un campesino por una ciudad, confundido por las voces inauditas, los movimientos insólitos, mirando todo sin ver nada, pues mis ojos pasaban de un punto a otro sin detenerse en ninguno, atraídos por innumerables motivos al mismo tiempo, y mi cerebro, hacia el cual se dirigían todas las imágenes como hacia un solo espejo, empezó a vibrar, solicitado y herido por los llamados, las sugerencias, las insinuaciones, los deseos, que flotaban allí como ondas en un campo eléctrico. En mi garganta palpitaba algo que no concluía de absorber

y que se resistía a ser expulsado. Avergonzado de mi sensibilidad casi femenina quise dominarme, sobrepormerme, mostrarme y portarme como hombre, aunque fuera a pesar de mi angustia. Comprendí que debía detenerme, calmarme haciendo el esfuerzo que fuera necesario y recoger mis nervios, que flotaban en medio de la ola como una red abandonada, agavillándolos con mano dura y soltándolos luego de uno en uno, como soldados decididos, mirando todo hasta saciarme; pero, al detenerme, un marinero tropezó violentamente conmigo, a tiempo que una mujer, que creyó que aquel joven se detenía por ella, empezaba a llamarme. Aturdido por el tropezón y sin saber lo que hacía, me acerqué:

—¿Qué dice?—pregunté con voz apagada.

—¿Por qué no entras, chiquillo?

—¿A dónde?

—Aquí, a mi casa, a conversar un rato.

—Es que... voy con un amigo—se me ocurrió.

—Llama también a tu amigo.

No supe qué contestar a esto y me quedé plantado como un estúpido frente a la mujer.

—Entra...

La voz de la mujer parecía tomarme de las solapas.

—Entra...

Y cuando, no teniendo razón alguna que oponer, iba a entrar, la voz de mi amigo me sacó como con un gancho del atolondramiento:

—¡Qué hubo, Eugenio! Vamos.

La voz me tranquilizó y dije a la mujer, excusándome:

—¿No ve? Mi compañero me llama...

—¡Vayase, entonces!—repuso secamente ella.

El brusco cambio de tono me sorprendió; creí haberla ofendido con mi negativa y me disponía a balbucear otra excusa, que no sabía cuál podía ser, cuan-

do ella, que ya no me prestaba atención, llamó a otro hombre:

—Entra, chiquillo...

El chiquillo era un hombre como una boya, y yo, que traspiraba y que llegué a sentir vergüenza, me retiré riendo nerviosamente.

—¿Qué te decía? ¿De qué te ríes?

—No sé... Me río sin saber por qué... Esa mujer me llamó y yo creí que me llamaba porque... No sé. Creí que me llamaba a mí porque yo le... Pero cuando le dije que no y ella, enojada, me dijo que me fuera... Pensé que la había ofendido, pero llamó a otro, como me llamó a mí...

—¿Y tú, qué creíste? ¿Que te iba a rogar y a llorarte para que entraras?

—No; pero, ¿por qué se enojó?

—No se enojó. Viendo que tú no tenías interés por ella, no te iba a decir; entre, mi hijito lindo... Así es la cosa. ¿No has oído contar lo que le pasó al fraile con el botero? Lo mismo que a ti, con esa mujer: un fraile llegó al puerto a embarcarse y al verlo, un botero que estaba allí, le gritó a otro: ¡oye, Chica: atraca el bote, que el padrecito se va a embarcar!... Pero el fraile se embarcó en otro bote, y entonces el botero volvió a gritar: *No atraquís nada, oh, mira que este fraile...* tal por cual se embarcó en otro bote...

Llegábamos ya a los límites de la feria. La ola se aquietaba como en una playa extendida, pero el rumor de la resaca golpeaba aún las viejas murallas. Algunas mujeres, alejadas del centro del remolino, paradas en las puertas o sentadas en los umbrales, chistaban de modo suave a los hombres; hacían recordar a esos comerciantes pobres, que ocupan en las ferias los extremos y que ofrecen su mercadería con menos bullicio y más afectuosamente que los demás.

—Oye, Rucio, dónde vamos...

—A divertirnos.

—¿Y aquí?

—Aquí, no. ¿Tú crees que esta gente se divierte? A mi me gusta divertirme y bailar y cantar y tomar, a la chilena, con bulla...

Abandonamos la Subida Claver y nos internamos por una callejuela que parecía haberse perdido en el cerro y que daba vueltas y vueltas, subía y bajaba, como buscándose a sí misma. Había allí también mujeres y hombres y del interior de las casas salía un rumor de muchedumbre, un rumor que no se sabía si era de alegría o de pesar, pero que al abrirse las puertas irrumpía en griterío y azotaba los rostros, hacía ondular los trajes de las mujeres y lamía como una llama los negruzcos aleros y las desconchadas murallas.

—Aquí es...

Volví a sentir el mareo y la torpeza. Era una casa pequeña y humilde, hundida por los años hasta dejarla en desnivel con la acera. Ningún ruido oíase desde fuera; pero cuando Rucio del Norte, seguido por mí como por una sombra, bajó la escalera, abrió la mampara de vidrios blancos y rojos y avanzando unos pasos por el corredor detúvose frente a una habitación iluminada, cinco gritos lo saludaron y cinco mujeres corrieron hacia él:

—¡Rucio, es el Rucio!

Lo abrazaban, lo besaban, tiraban de él hacia un lado y otro, y él dejaba hacer, abriendo su boca con una sonrisa de bondad, gozoso de que su presencia despertara tanto júbilo. Pero se aburrió:

—Bueno, ya está, mujeres del diablo...

Zafóse de ellas y fué a saludar a una viejecilla sentada junto al piano, una viejecilla que era como la representación humana de la fachada de la casa: los años la habían hundido.

—¿Cómo le va, suegra?

La vieja levantó unos ojos cuya esclerótica parecía estar llena de migas de pan, sacó de entre su pañuelo de rebozo una mano semejante a una pequeña tortuga y poniéndola entre las manos rojas de Rucio, díjole con una voz que no le obedecía:

—¿Cómo te va, caña hueca? ¿Qué andas haciendo por acá?

Yo me quedé junto a la puerta, el sombrero en la mano, sonriendo como convidado vergonzoso; después fuí presentado a la dueña de aquella casa de diversión:

—Le presento a este joven, amigo mío. Esta señora es doña Isabel Ahumada de Riquelme, suegra mía y del que quiera serlo...

Y cumplida esta formalidad, Rucio del Norte, sin poder contener ya su deseo de alegría y de jolgorio, arrojó el sombrero al aire, abrió los brazos y gritó:

—¡Puchas que tenía ganas de bailar y de tomar!

Cinco minutos después el salón de baile era una campana donde la voz del lanchero volteaba de pared a pared, de espejo a espejo, de rincón a rincón, como un badajo incansable, con el mismo tono alto siempre y acompañado a veces por las carcajadas de las mujeres, las escalas del piano y el tamboreo precipitado de la tañedora. Cuando el acompañamiento cesaba, al voz seguía sola y se la oía hablar, cantar, reír; la alegría fluía por ella como por un chorro inagotable. Rucio del Norte perseguía a las mujeres, las cogía en brazos y las tumbaba sobre los sillones; reían a gritos, excitadas por la fuerza y el ardor de aquel hombre que lo llenaba todo, que lo dominaba todo con sus lomos anchos y su voz más ancha aun.

Sentado junto a la vieja, con el sombrero en las rodillas, como en una visita breve, presenciaba la barahunda que formaba mi amigo, quien, envuelto en ella, me había olvidado. Pero repentinamente cayó a mi lado como un aerolito:

—Oye ñatito... , diviértete, baila, toma, canta...

Estaba rojo, sudoroso, congestionado. Me abrazó:

—A este niño hay que tratarlo muy bien porque es amigo mío... Que le den de tomar lo que pida, yo pago, y cuando se me acabe la plata... él tiene más.

Saltaron y estallaron las risas; el piano, detenido un instante, volvió a sonar, retumbó el tamboreo, alzó su voz de trapo vibrante la cantora y Rucio del Norte, abandonándome, retornó a su torbellino.

—¿No sabe bailar el joven?—me preguntó la vieja, con su voz rebelde.

—No, señora, no sé.

—Aprenda...

—Sí, después...

Y allí quedé, olvidado, con aspecto de espectador indiferente. Las mujeres, atraídas por el foco formado alrededor de Rucio, ni siquiera miraban a ese joven que no se reía ni hablaba, cuya mirada era vaga y que parecía pedir permiso hasta para respirar. Tres mujeres rodeaban a Rucio del Norte; pero parecía no tener aún suficiente con ellas; bailaba con dos a un tiempo, mientras la otra, parada en la orilla de la alfombra, se desgañitaba animando el baile con interminables refranes y chillidos de rata. El lancharo, a quien el ruido parecía poco, se detenía y cantaba como podría cantar un toro, palmoteando las manos que sonaban como baldosas; la mujer zapateaba y hacía ruedas a su alrededor. Rucio del Norte abandonaba después su actitud y atacado de súbita locura golpeaba sus tacos sobre el suelo, mirándose los pies al mismo tiempo, como si pretendiera hacer un hoyo. Y era tanto su ímpetu que seguía zapateando aún después de callar el piano y el canto, animándose solo, hasta que detenido por las mujeres miraba con sorpresa a su alrededor y decía, asombrado:

—¡Bah! Me sobró caballo, entonces...

Y un verdadero aullido salía de su boca, un aullido

de animal sediento. Dos hombres, a quienes Rucio, abrazando, llamó amigos y camaradas, pero a los cuales seguramente no conocía, aumentaron el bullicio. La alegría subió al rojo blanco, amenazando tomar proporciones de revuelta.

Yo, entre tanto, me aburría; aquello repetíase con escasas variantes. Bostecé una vez y dos; sentía los ojos pesados y miraba la gente, los espejos, los sillones, el techo. ¿Qué hacía allí? Me bebí de una vez una botella de cerveza, y me bebí otra, pero nada sucedía en mi mismo ni a mi alrededor; sentíame como anclado. ¿Cómo irme y dejar a mi amigo? Concluí por afirmar la cabeza en la pared, cerrando los ojos, como si durmiera...

—Buenas noches...

Sentada junto a mí estaba una mujer, vestida de blanco, joven, morena, una mujer que no viera antes en el salón y que no sentí entrar ni llegar hasta mi lado.

—Buenas noches—respondí, mirándola con curiosidad, sorprendido por un saludo desusado allí, donde la gente se saludaba a gritos y a tirones.

—¿Tiene sueño?

—No...

—¿Por qué no baila?

—No sé bailar...

—¿Quiere que le sirva algo?

—Bueno...

Trajo dos vasos y una botella de cerveza y bebimos. Nos miramos mientras bebimos. Fué a dejar sobre una mesa los vasos y la botella y volvió a sentarse junto a mí. La miré entonces fijamente y sostuvo la mirada sonriendo: no era fea ni bonita, pero simpática, con la nariz correcta, la boca regular y carnosa, sin afeites, la barbilla un poquillo levantada. El cuerpo era redondito y gracioso. Llevaba aros de carey y un collar de cuentas de vidrio. Me sonreía y en su

sonrisa no ví sino una sonrisa sin intención, como una sonrisa de amigos; los ojos oscuros y grandes sonreían junto con la boca. Cuando terminé de examinarla, me examinó ella: aquel joven no era ni feo ni buen mozo, serio, alto, delgado; la piel morena, casi cobriza, los ojos negros y de largas pestañas, la boca común; la frente alta y el cabello negro; la nariz recta, firme. Era muy joven; el hombre nacía en él como una raíz lenta, pero segura.

—¿Está solo aquí?

—No; vine con un amigo.

—¿Con quién?

—Con Rucio.

—¿Es amigo de él usted?

—Sí; trabajamos juntos... Y usted, ¿dónde estaba?

—Acostada; me dolía la cabeza.

Conversábamos, mirándonos de lado, pero torcí el rostro y la volví a mirar fijamente y ella sostuvo la mirada sonriendo. Sentí que algo se me quedaba en la garganta e hice un esfuerzo, como si tragara saliva seca. Pasó. Continuamos conversando, a frases breves, a preguntas y respuestas y poco a poco fuí entregándome; ella me animaba con sonrisas. Parecía tener el don de inspirar confianza y sus ademanes medidos, sin la violencia de las otras mujeres, poseían cierta delicadeza que atraía, en lugar de intimidar. Su voz era suave, sin mimos, llana. No parecía tener otra intención que la de conversar y rechazó a uno de los hombres que quiso bailar con ella, afirmando que no sabía.

Mientras charlaba recordé que aquella mujer era semejante en condición a las que momentos antes viera en la calle. Junto con recordar esto, me sorprendió descubrir entre aquellas mujeres y esta mujer una diferencia muy grande: aquellas me intimidaban; ésta, no. ¿Por qué? ¿Sería por su actitud y conducta, dis-

tintas a las de las otras? ¿Sería que se presentaba ante mí no como lo que era sino como lo que quería ser? Esta posibilidad me confundió. ¿Qué quería ser y qué podría llegar a ser? Una especie de calor muy suave o de frío muy fino empezó a brotar de mi piel. Muchas veces había visto mujeres que me gustaron y que llegué a desear, aunque sin saber para qué las deseaba; pero eran mujeres que era necesario abordar, hablar, enamorar, acciones de las que había sido incapaz hasta entonces y que me parecían superiores a mis fuerzas, pues mi timidez se alzaba muy alto entre ellas y mí. Y he aquí que ahora, sin que yo hubiera hecho nada por ello, una mujer que empezaba a gustarme, que me gustaba ya, como me gustaron aquellas que no abordé, hablé ni enamoré, aparecía a mi lado. Esta era una prostituta, pero en ese momento y en ese tiempo yo no discernía muy bien la diferencia que existe entre una mujer honrada y otra que no lo es. Criado en un ambiente familiar duro, casi cruel, del cual salí violentamente, expulsado por una presión que mi crecimiento espiritual no pudo resistir, sin haber tenido más intimidación femenina que la de mi hermana y la de mi madre, sin puntos de contacto exteriores que me proporcionaran medios de comparación, la palabra prostituta, hasta aquella noche, no había tenido para mí sino una significación abstracta. La primera significación concreta me la habían dado aquellas mujeres que gritaban como mercaderes majaderos en las puertas de los burdeles de la Subida Claver. Aquellas lo eran... Y ésta también lo era, pero, a pesar de serlo, yo no la sentía como tal... ¿Y por qué la iba a sentir como tal si sus ademanes, su actitud, sus gestos, sus palabras, no me causaban la impresión que me habían causado las otras? Lo era de una manera general, pero no de una manera particular, porque...

Una violenta discusión empezó dentro de mí, una

lucha entre mi deseo y mi temor, entre mi curiosidad y mi ignorancia. Pero lo nuevo fué venciendo y a medida que vencía, la sensación de frío y de calor aumentaba, crecía con mis reflexiones y mis pensamientos, que durante largo rato giraron alrededor de la mujer como la bolita alrededor del eje de la ruleta, sin saber dónde se detendría. . .

Un tumulto reventó en el salón: Rucio del Norte habíase quitado el vestón y de pie en el centro de la sala, reteniendo la carcajada, recibió en la cabeza el contenido de una botella de cerveza. El líquido le corrió por las mejillas y el cogote, desapareciendo bajo la camisa, que se llenó de grandes manchas negras. Los hombres, riendo con estertores de asfixia, tirábanse contra los sillones, y las mujeres, hipando, despeinadas, gritaban como histéricas. La locura llegaba a la más alta gradación.

—¡Ah!—rugió Rucio—. ¡Pero ahora me toca a mí!

(*Concluirá*).